

AMANE CER ROJO III

MAÑANA AZUL

«El secreto mejor guardado
de la ciencia ficción».
Entertainment Weekly

PIERCE
BROWN

RBA

Título original: *Morning Star*

© Pierce Brown, 2016.

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO041

ISBN: 9788427211780

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dramatis personae

Mapa

Primera parte. Espinas

1. Solo la oscuridad
2. Prisionero L17L6363
3. Picadura de serpiente
4. Celda 2187
5. Plan C
6. Víctimas
7. Abejorros
8. Hogar
9. La ciudad de Ares
10. La guerra
11. Mi pueblo
12. Los Julii

Segunda parte. Rabia

13. Aulladores
14. La Luna vampírica
15. La caza
16. Amante
17. Matar dorados
18. Abismo
19. Presión
20. Disidencia
21. Quicksilver
22. El peso de Ares
23. La marea
24. Hic sunt leones
25. Éxodo
26. El hielo
27. La bahía de las carcajadas
28. Banquete
29. Cazadores
30. El silencio

31. La reina pálida
32. En tierra de nadie
33. Dioses y hombres
34. Matadioses

Tercera parte. Gloria

35. La luz
36. Bazofia
37. La última águila
38. La cuenta
39. El corazón
40. Mar amarillo
41. Los señores de las Lunas
42. El poeta
43. Vivirlo de nuevo
44. Los afortunados
45. La batalla de Ilión
46. Sondeainfiernos
47. Infierno
48. Emperador
49. Coloso

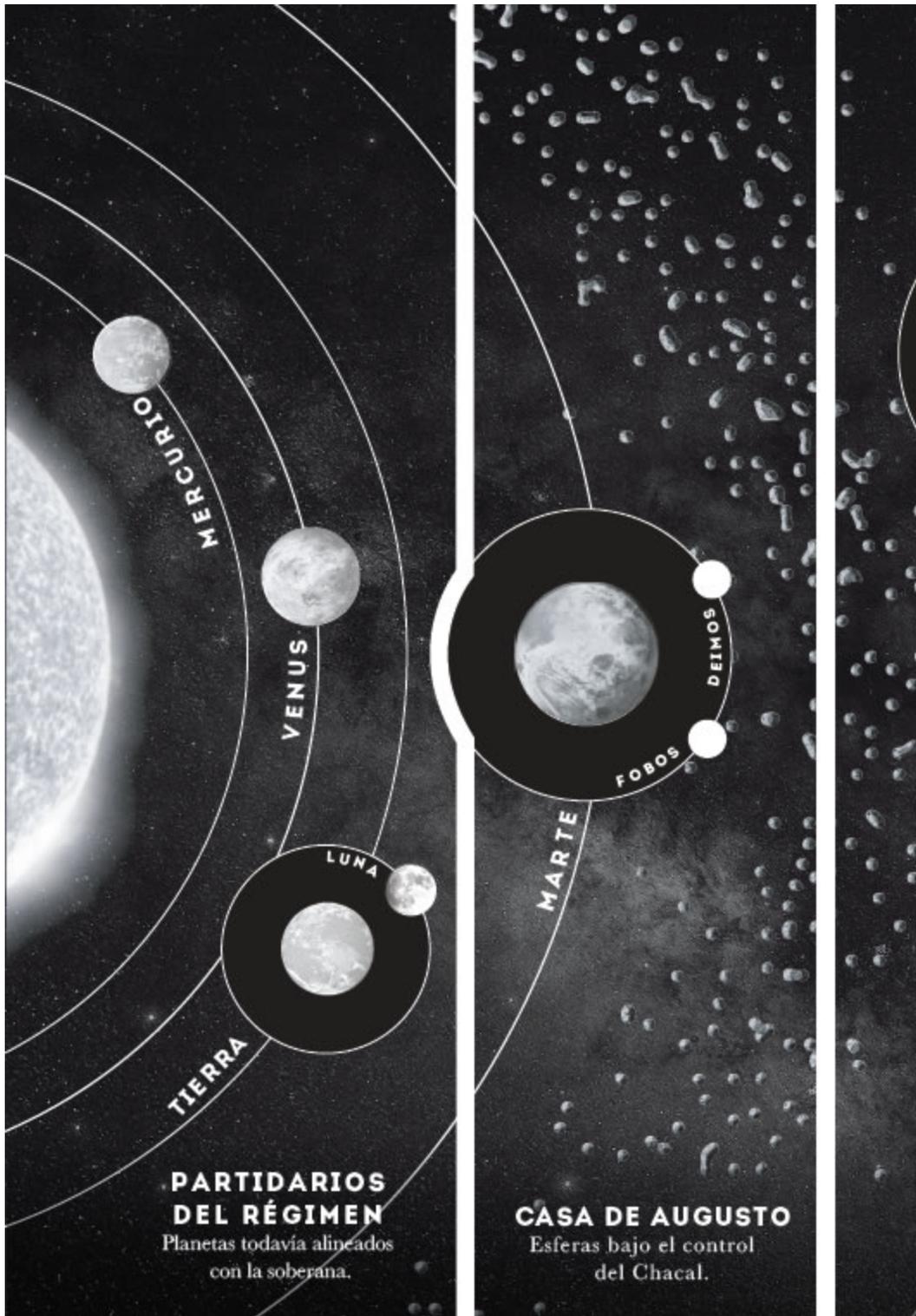
Cuarta parte. Estrellas

50. Truenos y relámpagos
51. Pandora
52. Dientes
53. Silencio
54. El trasgo y el dorado
55. La innoble casa Barca
56. A tiempo
57. Luna
58. Luz agonizante
59. El León de Marte
60. Fauces del Dragón
61. El rojo
62. Omnis vir lupus
63. Silencio
64. Ave
65. El valle

Epílogo

Agradecimientos

A MI HERMANA, QUE ME ENSEÑÓ A ESCUCHAR



**PARTIDARIOS
DEL RÉGIMEN**

Planetas todavía alineados
con la soberana.

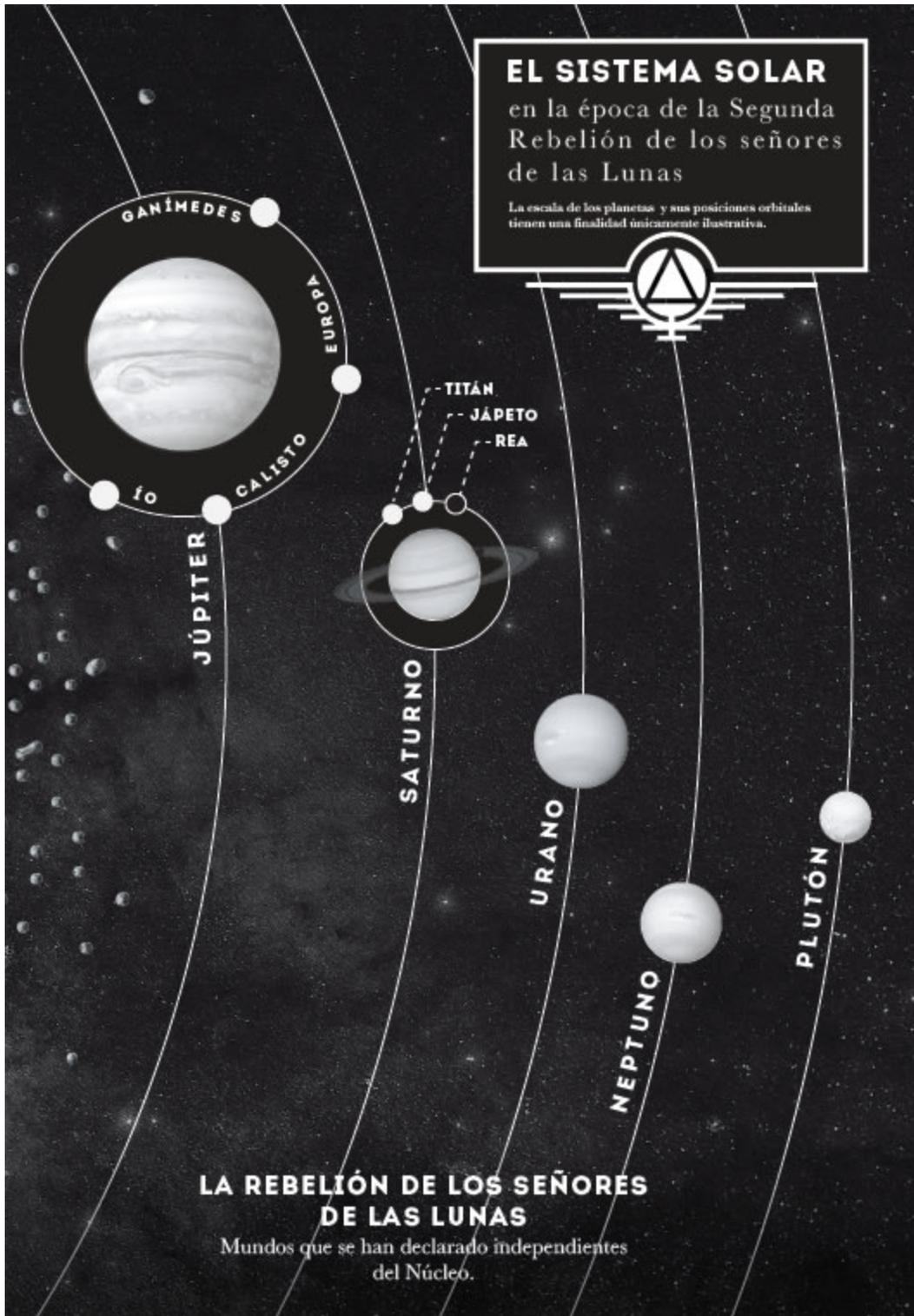
CASA DE AGUSTO

Esferas bajo el control
del Chacal.

EL SISTEMA SOLAR

en la época de la Segunda
Rebelión de los señores
de las Lunas

La escala de los planetas y sus posiciones orbitales
tienen una finalidad únicamente ilustrativa.



LA REBELIÓN DE LOS SEÑORES DE LAS LUNAS

Mundos que se han declarado independientes
del Núcleo.

DRAMATIS PERSONAE

Dorados

OCTAVIA AU LUNE: soberana reinante de la Sociedad.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, heredero de la Casa de Lune.

ADRIO AU AUGUSTO/CHACAL: archigobernador de Marte, hermano gemelo de Virginia.

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: hermana gemela de Adrio.

MAGNUS AU GRIMMUS/EL SEÑOR DE LA CENIZA: archiemperador de la soberana, padre de Aja.

AJA AU GRIMMUS: el Caballero Proteico, jefa de guardaespaldas de la soberana.

CASIO AU BELONA: el Caballero de la Mañana, guardaespaldas de la soberana.

ROQUE AU FABII: emperador de la Armada de la Espada.

ANTONIA AU SEVERO-JULII: hermanastra de Victra, hija de Agripina.

VICTRA AU JULII: hermanastra de Antonia, hija de Agripina.

KAVAX AU TELEMANUS: cabeza de la Casa de Telemanus, padre de Daxo.

DAXO AU TELEMANUS: heredero e hijo de Kavax, hermano de Pax.

RÓMULO AU RAA: cabeza de la Casa de Raa, archigobernador de Ío.

LILATH AU FARAN: compañera del Chacal, líder de los Montahuesos.

CYRIANA AU TANUS/CARDO: antiguo Aullador, ahora uno de los tenientes de los Montahuesos.

VIXUS AU SARNA: antiguo miembro de la Casa de Marte, teniente de los Montahuesos.

Colores medios e inferiores

TRIGG TI NAKAMURA: legionario, hermano de Holiday, gris.

HOLIDAY TI NAKAMURA: legionaria, hermana de Trigg, gris.

REGULUS AG SOL/QUICKSILVER: el hombre más rico de la Sociedad, plateado.

ALIA GORRIÓN DE NIEVE: reina de los valquirios, madre de Ragnar y Sefi, obsidiana.

SEFI LA SILENCIOSA: caudillo de los valquirios, hija de Alia, hermana de Ragnar.

ORIÓN XE AQUARII: capitana de barco, azul.

Hijos de Ares

DARROW DE LICO: antiguo lancero de la Casa de Augusto, rojo.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: Aullador, dorado.

RAGNAR VOLARUS: nuevo miembro de los Aulladores, obsidiano.

DANCER: teniente de Ares, rojo.

MICKEY: tallista, violeta.

Me elevo hacia la oscuridad, lejos del jardín que han regado con la sangre de mis amigos. El dorado que asesinó a mi esposa yace muerto a mi lado sobre la fría cubierta de metal, y han sido las manos de su propio hijo las que le han quitado la vida.

El viento otoñal me fustiga el pelo. El barco ruge bajo mis pies. A lo lejos, las llamas de fricción desgarran la noche con un naranja deslumbrante. Los Telemans que descienden desde la órbita para rescatarme. Será mejor que no lo hagan. Será mejor que permitan que la negrura se quede conmigo y que dejen que los buitres se disputen mi cuerpo paralizado.

Las voces de mis enemigos retumban a mi espalda. Demonios altísimos con caras de ángeles. El más pequeño de ellos se agacha. Me acaricia la cabeza mientras contempla a su padre muerto.

—Así es como termina siempre la historia —me dice—. Ni con tus gritos. Ni con tu rabia. Sino con tu silencio.

Roque, mi traidor, está sentado en una esquina. Era mi amigo. Tiene un corazón demasiado blando para su color. Ahora vuelve la cabeza y veo sus lágrimas. Pero no las derrama por mí. Las vierte por él. Por lo que ha perdido. Por aquellos que yo le he arrebatado.

—No hay Ares que te salve. Ni Mustang que te ame. Estás solo, Darrow. —La mirada del Chacal es distante y

serena—. Como yo. —Alza una máscara negra, sin agujeros para los ojos y con una mordaza y me la pone en la cara para impedirme la vista—. Así es como termina todo.

Para quebrarme a mí, ha masacrado a quienes quiero.

Pero hay esperanza en los que aún viven. En Sevro. En Ragnar y Dancer. Pienso en todo mi pueblo, sometido en la oscuridad. En todos los colores de todos los mundos, engrilletados y encadenados para que los dorados puedan gobernar. Y siento que las llamas de la rabia invaden el agujero negro que el Chacal me ha tallado en el alma. No estoy solo. No soy su víctima.

Así pues, que me haga lo que le venga en gana. Yo soy el Segador.

Yo sé sufrir.

Yo sé lo que es la oscuridad.

No es así como termina todo.

PRIMERA PARTE
ESPINAS

Per aspera ad astra



1

SOLO LA OSCURIDAD

En lo más profundo de la oscuridad, lejos del calor, el sol y las lunas, permanezco tumbado, tan inmóvil como la piedra que me rodea y aprisiona mi encogido cuerpo en un útero espantoso. No puedo ponerme de pie. No puedo estirarme. Tan solo puedo ovillarme como un marchito fósil del hombre que una vez fui. Tengo las manos esposadas a la espalda. Desnudo sobre la roca helada.

A solas con las tinieblas.

Parece que han pasado meses, años, milenios desde la última vez que desdoblé las rodillas, desde que tuve la columna en una posición distinta a la de un garfio. El dolor es locura. Las articulaciones se me anquilosan como el hierro oxidado. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vi a mis amigos dorados desangrándose sobre la hierba? ¿Desde que sentí el suave beso de Roque en la mejilla cuando me partió el corazón?

El tiempo no es un río.

Aquí no.

En esta tumba, el tiempo es la roca. Es la oscuridad, permanente e inflexible, y su única medida son los péndulos gemelos de la vida: la respiración y los latidos de mi corazón.

Inspirar. Pum... pum. Pum... pum.

Espirar. Pum... pum. Pum... pum.

Inspirar. Pum... pum. Pum... pum.

Y se repite eternamente. Hasta... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que muera de viejo? ¿Hasta que me reviente el cráneo contra la piedra? ¿Hasta que me arranque los tubos que los amarillos me han ensartado en el bajo vientre para forzar los nutrientes hacia mi interior y los excrementos hacia el exterior?

«¿O hasta que te vuelvas loco?».

—No.

Aprieto los dientes.

«Síííí».

—Es solo la oscuridad.

Cojo aire. Me calmo. Rozo las paredes siguiendo mi patrón relajante. Espalda, dedos, coxis, talones, dedos de los pies, rodillas, cabeza. Repito. Una docena de veces. Cien. ¿Por qué no asegurarse? Que sean mil.

Sí. Estoy solo.

Podría haber pensado que existen destinos peores que este, pero ahora sé que no es así. El hombre no es una isla. Necesitamos a quienes nos aman. Necesitamos a quienes nos odian. Necesitamos que otros nos amarren a la vida, que nos den una razón para vivir, para sentir. Y yo tan solo tengo las tinieblas. A veces grito. A veces me río durante la noche, durante el día. ¿Quién sabe cuándo? Me río para pasar el rato, para consumir las calorías que el Chacal me

da y que hacen que mi cuerpo se estremezca hasta dormirse.

También sollozo. Tarareo. Silbo.

Escucho las voces de arriba. Que me llegan desde el interminable mar de oscuridad. Y de asistirles se encarga el enloquecedor estrépito de cadenas y huesos que hace vibrar las paredes de mi prisión. Tan cerca y sin embargo a mil kilómetros de distancia, como si justo al otro lado de la oscuridad existiera un universo entero y yo no pudiera verlo, no pudiera tocarlo, saborearlo, sentirlo o perforar ese velo para volver a pertenecer al mundo una vez más. Estoy encarcelado en la soledad.

Ahora oigo las voces. Las cadenas y los huesos que se mueven despacio por mi prisión.

¿Son más las voces?

Me entra la risa ante tal ocurrencia.

Maldigo.

Conspiro. «Asesinar».

«Masacrar. Arrancar. Desgarrar. Quemar».

Suplico. Alucino. Negocio.

Gimoteo plegarias a Eo, feliz de que ella se haya ahorrado un destino como este.

«No te escucha».

Canto baladas infantiles y recito *La tierra moribunda*, *El farolero*, el *Ramayana*, *La Odisea* en griego y en latín y luego en lenguas muertas como el árabe, el inglés, el chino y el alemán, sacados de los recuerdos de los volcados de datos que Matteo me hizo cuando yo era poco más que un

crío. Buscando fuerzas en el argivo que tan solo deseaba encontrar el camino de vuelta a casa.

«Te olvidas de lo que hizo».

Odiseo fue un héroe. Derribó las murallas de Troya con su caballo de madera. Igual que yo derribé a los ejércitos de los Belona en la Lluvia de Hierro sobre Marte.

«Y entonces...».

—No —replico—. Silencio.

«... sus hombres entraron en Troya. Encontraron madres. Encontraron hijos. ¿Adivinas lo que hicieron?».

—¡Cállate!

«Ya sabes lo que hicieron. Hueso. Sudor. Carne. Ceniza. Llanto. Sangre».

Las tinieblas se carcajean jubilosas.

«Segador, Segador, Segador... Todas las hazañas que perduran están pintadas con sangre».

¿Estoy dormido? ¿Estoy despierto? He perdido el norte. Todo sangra junto, me ahoga en visiones y susurros y sonidos. Una y otra vez, sujeto los frágiles tobillitos de Eo. Le rompo la cara a Julian. Oigo a Pax, y a Quinn, y a Tacto, y a Lorn, y a Victra exhalar su último aliento. Tanto dolor. ¿Y para qué? Para fallar a mi esposa. Para fallar a mi pueblo.

«Y fallar a Ares. Fallar a tus amigos».

¿Cuántos me quedarán?

¿Sevro? ¿Ragnar?

¿Mustang?

«Mustang. ¿Y si sabe que estás aquí...? ¿Y si no le

importa? ¿Y por qué iba a importarle? Tú que cometiste traición. Tú que mentiste. Tú que utilizaste su mente. Su cuerpo. Su sangre. Le mostraste tu verdadero rostro y huyó. ¿Y si fue ella? ¿Y si te traicionó ella? ¿Podrías amarla, en ese caso?».

—¡Cállate! —me grito a mí mismo, a la oscuridad.

No pienses en ella. No pienses en ella.

«¿Y por qué no? La echas de menos».

La oscuridad engendra una visión de Mustang, como tantas otras antes de esta: una chica alejándose de mí a caballo por un campo verde, volviéndose sobre su silla y riéndose para que la siga. Su pelo ondea al viento como lo haría el heno estival que escapa revoloteando del remolque de un granjero.

«Tienes ansias de ella. La amas. La chica dorada. Olvídate de la zorra roja».

—No. —Me golpeo la cabeza contra la piedra—. Es solo la oscuridad —susurro.

Solo la oscuridad que juega con mi mente. Pero aun así intento olvidar a Mustang, a Eo. No hay mundo más allá de este lugar. No puedo extrañar lo que no existe.

La sangre cálida de las viejas costras que acabo de volver a abrirme me resbala por la frente. Me corre por la nariz. Estiro la lengua y taneo la pared helada con ella hasta que doy con las gotas. Paladeo la sal, el hierro marciano. Despacio. Despacio. Dejo que la sensación novedosa se alargue. Que el sabor persista y me recuerde que soy un hombre. Un rojo de Lico. Un sondeainfiernos.

«No. No lo eres. No eres nada. Tu esposa te abandonó y te robó a tu hijo. Tu puta te dio la espalda. No eras lo bastante bueno para ella. Eras demasiado orgulloso. Demasiado estúpido. Demasiado cruel. Ahora, te han olvidado».

¿Es así?

La última vez que vi a la chica dorada, estaba arrodillado junto a Ragnar en los túneles de Lico, pidiéndole a Mustang que traicionara a su propia gente y viviese para más. Sabía que, si ella decidía unirse a nosotros, el sueño de Eo florecería. Tendríamos un mundo mejor al alcance de los dedos. Pero Mustang se marchó. ¿Sería capaz de olvidarme? ¿La habrá abandonado su amor por mí?

«Únicamente amaba tu máscara».

—Es solo la oscuridad. Solo la oscuridad. Solo la oscuridad —farfullo cada vez más rápido.

Yo no debería estar aquí.

Debería estar muerto. Después de la muerte de Lorn, iban a entregarme a Octavia para que sus tallistas pudieran diseccionarme y descubrir los secretos de cómo me convertí en dorado. Para ver si era posible que hubiera otros como yo. Pero el Chacal hizo un trato. Me reservó para sí. Me torturó en su hacienda de Ática preguntándome por los Hijos de Ares, por Lico y por mi familia. Jamás me dijo cómo había descubierto mi secreto. Le supliqué que acabara con mi vida.

Al final, me dio estas piedras.

«Cuando se ha perdido todo, el honor reclama la muerte

—me dijo una vez Roque—. Es un final noble». Pero ¿qué iba a saber de la muerte un poeta rico? Los pobres conocen la muerte. Los esclavos conocen la muerte. Sin embargo, a pesar de que la ansío, también la temo. Porque cuanto más veo de este mundo cruel, menos creo en que termine en una especie de agradable ficción.

El valle no es real.

Es una mentira que los padres y las madres cuentan a sus hijos famélicos para darles un motivo para el horror. Pero no lo hay. Eo ya no está. No llegó a verme luchar por su sueño. No le importó mi destino en el Instituto o si quise a Mustang, porque el día en que murió, se convirtió en nada. No existe otra cosa que no sea este mundo. Es nuestro principio y nuestro final. Nuestra única oportunidad de ser felices antes del fin.

«Sí. Pero tú no tienes por qué acabar. Puedes escapar de este lugar —me susurra la oscuridad—. Di las palabras. Dilas. Sabes cómo hacerlo».

Tiene razón. Claro que sé.

—Lo único que tienes que decir es «No puedo más» y todo esto terminará —me dijo el Chacal hace mucho tiempo, antes de bajarme a este infierno—. Te meteré en una preciosa hacienda para el resto de tus días y te enviaré rosas cálidas y hermosas y comida suficiente para que engordes más que el Señor de la Ceniza. Pero esas palabras conllevan un precio».

«Merece la pena pagarlo. Sálvate a ti mismo. Nadie más va a hacerlo».

—Ese precio, querido Segador, es tu familia.

La familia que él se llevó por la fuerza de Lico sirviéndose de sus lurchers y que ahora tiene encerrada en la cárcel de las entrañas de su fortaleza de Ática. Nunca me ha permitido verlos. Nunca me ha permitido decirles que los quiero y que lamento no haber sido lo bastante fuerte para protegerlos.

—Alimentaré con ellos a los prisioneros de esta fortaleza —me dijo—. A estos hombres y mujeres que tú opinas que deberían gobernar en lugar de los dorados. Una vez que veas el animal que hay en el hombre, sabrás que yo tengo razón y tú te equivocas. Los dorados deben gobernar.

«Deja que acabe con ellos —dice la oscuridad—. Es un sacrificio práctico. Sabio».

—No... no lo permitiré...

«Tu madre querría que vivieras».

No a ese precio.

«¿Qué hombre podría comprender el amor de una madre? Vive. Por ella. Por Eo».

¿Sería eso lo que querría? ¿Tiene razón la oscuridad? Al fin y al cabo, soy importante. Eso dijo Eo. Y Ares también lo dijo, me escogió. A mí de entre todos los rojos. Puedo romper las cadenas. Puedo vivir para más. Escapar de esta prisión no es un acto egoísta por mi parte. Desde un punto de vista global, es desinteresado.

«Sí. Totalmente desinteresado...».

Mi madre me suplicaría que hiciera este sacrificio. Kieran lo entendería. Y también mi hermana. Puedo salvar a

nuestro pueblo. El sueño de Eo debe hacerse realidad a cualquier coste. Perseverar es mi responsabilidad. Es mi derecho.

«Pronuncia esas palabras».

Estampo una vez más la cabeza contra la piedra y le grito a la oscuridad que se largue. No puede engañarme. No puede acabar conmigo.

«¿No lo sabías? Todos los hombres se quiebran».

Su aguda carcajada se mofa de mí y se prolonga eternamente.

Y sé que está en lo cierto. Todos los hombres se quiebran. Yo ya lo hice cuando el Chacal me torturó. Le dije que provenía de Lico. Dónde podía encontrar a mi familia. Pero hay una forma de salir de aquí para honrar lo que soy. Lo que Eo amaba. Para acallar las voces.

—Roque, tenías razón —susurro—. Tenías razón.

Solo quiero estar en casa. Estar fuera de aquí. Pero es imposible. Lo único que queda, la única salida honorable para mí, es la muerte. Antes de que traicione aún más parte de lo que soy.

La muerte es la salida.

«No seas idiota. Para. Para».

Me golpeo la cabeza contra la pared con más fuerza que antes. No para castigarme, sino para matarme. Para terminar conmigo mismo. Si no hay un final agradable tras este mundo, entonces me bastará con la nada. Pero si existe un valle tras este plano, lo encontraré. Voy para allá, Eo. Por fin estoy de camino.

—Te quiero.

«No. No. No. No. No».

Vuelvo a despedazarme el cráneo contra la roca. El calor se derrama por mi rostro. Chispas de dolor bailan en la negrura. La oscuridad me grita, pero yo no me detengo.

Si este es el final, me precipitaré hacia él con furia.

Pero cuando echo la cabeza hacia atrás para asestar un último y tremendo golpe, la existencia cruje. Retumba como un terremoto. No es la oscuridad. Es algo que hay más allá. Algo que hay en la propia piedra, que se torna cada vez más estruendoso y chirriante sobre mi cabeza hasta que las tinieblas se resquebrajan y una implacable espada de luz lanza una cuchillada.

2

PRISIONERO L17L6363

El techo se abre. La luz me quema los ojos. Los cierro con todas mis fuerzas mientras el suelo de mi celda se levanta hasta que, con un clic, se detiene y quedo expuesto sobre una superficie de piedra lisa. Estiro las piernas y ahogo un grito, a punto de desmayarme a causa del dolor. Las articulaciones me crujen. Los tendones contraídos se desentumecen. Lucho por volver a abrir los ojos bajo la luz iracunda. Se me llenan de lágrimas. Es tan brillante que tan solo soy capaz de atisbar destellos blanqueados del mundo que me rodea.

Fragmentos de voces extrañas me envuelven.

—Adrio, ¿qué es esto?

—¿... ha estado ahí dentro todo este tiempo?

—Qué peste...

Estoy tumbado sobre la piedra. Se extiende a mi alrededor por ambos lados. Negra, con ondas azules y moradas, como el caparazón de un escarabajo de Creonia. ¿Un sueño? No. Veo tazas. Platillos. Un carrito de café. Es una mesa. Esa ha sido mi cárcel. No una especie de abismo abominable. Solo un bloque de mármol de un metro de ancho y doce de largo con el centro hueco. Han cenado encima de mí todas las noches, a escasos centímetros. Sus

voces eran los susurros lejanos que oía en la oscuridad. El repiquetear de sus cubiertos y platos mi única compañía.

—Bárbaro...

Ahora me acuerdo. Esta es la mesa sobre la que se sentó el Chacal cuando lo visité tras recuperarme de las heridas que recibí durante la Lluvia de Hierro. ¿Estaría ya entonces planeando mi encarcelamiento? Me habían puesto una capucha cuando me metieron aquí dentro. Creía que estaba en las entrañas de su fortaleza. Pero no. Treinta centímetros de piedra separaban sus banquetes de mi infierno.

Aparto la vista de la bandeja de café que descansa a mi lado. Alguien me mira con fijeza. Varias personas. No soy capaz de verlos a través de las lágrimas y la sangre que tengo en los ojos. Me retuerzo y me hago un ovillo como un topo ciego al que desentierran por primera vez. Estoy demasiado abrumado y aterrorizado para recordar el orgullo o el odio. Pero sé que él me está mirando. El Chacal. Una cara infantil en un cuerpo esbelto, con el pelo del color de la arena peinado hacia un lado. Se aclara la garganta.

—Mis distinguidos invitados. Permitan que les presente al prisionero L17L6363.

Su rostro es el cielo y el infierno a un tiempo.

Ver a otro hombre...

Saber que no estoy solo...

Pero luego recordar lo que me ha hecho... me desgarrar el alma.

Otras voces culebrean y restallan, ensordecedoras en su estrépito. Y, a pesar de estar ovillado, siento algo más allá de su ruido. Algo natural, delicado y amable. Algo que la oscuridad me había convencido de que jamás volvería a sentir. Entra suavemente a través de una ventana abierta y me besa la piel.

Una brisa invernal traspasa el hedor sustancioso y húmedo de mi mugre y me hace pensar que, en algún lugar, hay un niño corriendo entre la nieve y los árboles, acariciando las cortezas y las agujas de los pinos y llenándose el pelo de resina. Es un recuerdo que sé que nunca ha sido, pero siento que debería. Esa es la vida que habría querido. El hijo que podría haber tenido.

Lloro. Menos por mí que por ese crío que piensa que vive en un mundo bueno, donde su padre y su madre son tan grandes y fuertes como las montañas. Ojalá yo pudiera volver a ser así de inocente. Ojalá supiera que este momento no es un truco. Pero lo es. El Chacal no da si no es para quitar. Pronto la luz será un recuerdo y la oscuridad volverá. Mantengo los ojos cerrados con fuerza, escucho las gotas de sangre de mi cara que caen sobre la piedra y aguardo el giro inesperado.

—Demonios, Augusto. ¿Era realmente necesario? —ronronea una ejecutora felina. Una voz ronca, embadurnada con esa cadencia de la Luna que se aprende en los tribunales de la Montaña Palatina, donde todos se sienten menos impresionados por las cosas que cualquier otra persona—. Huele a muerte.

—A sudor fermentado y a la piel muerta que hay bajo los grilletes magnéticos. ¿Ves la costra amarillenta que tiene en los antebrazos, Aja? —señala el Chacal—. Aun así, está muy sano y a punto para tus tallistas. Dentro de lo que cabe.

—Tú lo conoces mejor que yo —dice Aja dirigiéndose a otra persona—. Asegúrate de que es él y no un impostor.

—¿Dudas de mi palabra? —pregunta el Chacal—. Me siento dolido.

Me estremezco al notar que alguien se acerca.

—Por favor. Para sentirte dolido tendrías que tener corazón, archigobernador. Y tienes muchos dones, pero me temo que ese órgano brilla por su total ausencia en tu persona.

—Me halagas demasiado.

Oigo cucharas que repiquetean contra la porcelana. Gargantas que se aclaran. Ansío taparme los oídos. Demasiado ruido. Demasiada información.

—Ahora sí que se ve el rojo que lleva dentro.

Es una voz fría, refinada y femenina del norte de Marte. Más brusca que el acento de la Luna.

—¡Exacto, Antonia! —contesta el Chacal—. Tenía curiosidad por ver cómo terminaba. Un miembro del género áureo jamás podría degradarse tanto como la criatura que tenemos ante nosotros. ¿Sabéis? Me pidió que lo matara antes de que lo metiese ahí. Empezó a rogármelo sollozando. Lo más irónico es que podría haberse suicidado en cualquier momento. Pero no lo ha hecho porque alguna

parte de él disfrutaba de ese agujero. Claro, hace tiempo que los rojos se adaptaron a la oscuridad. Como los gusanos. Esa raza de oxidados no tiene orgullo. Ahí abajo se sentía como en casa. Más cómodo de lo que jamás lo estuvo entre nosotros.

Ahora recuerdo el odio.

Abro los ojos para que se enteren de que los veo. De que los oigo. Sin embargo, cuando separo los párpados no es mi enemigo quien atrae mi mirada, sino el panorama invernal que se extiende más allá de las ventanas, detrás de los dorados. Seis de los siete picos montañosos de Ática relucen bajo la luz matutina. Los edificios de metal y cristal coronan rocas y nieve y se precipitan hacia el cielo azul. Hay puentes que unen las cimas como si fueran puntos de sutura. Cae una nieve ligera. Un espejismo borroso para mis miopes ojos de cueva.

—¿Darrow?

Conozco esa voz. Vuelvo la cabeza ligeramente para ver una de sus manos callosas sobre el borde de la mesa. Doy un respingo para tratar de alejarme, pensando que va a golpearme. No lo hace. Pero el dedo corazón de esa mano lleva el águila dorada de los Belona. La familia que yo destruí. La otra mano pertenece al brazo que corté en la Luna la última vez que nos batimos en duelo, al que Zanzíbar el tallista tuvo que reconstruir. Dos de los anillos de cabeza de lobo de la Casa de Marte rodean esos dedos. Uno es mío. Otro suyo. Y cada uno de ellos ha costado la vida de un joven dorado.

—¿Me reconoces? —pregunta.

Alzo la cabeza para mirarlo a la cara. Puede que yo esté destrozado, pero por Casio au Belona no han pasado ni la guerra ni el tiempo. Es mucho más bello de lo que un recuerdo podría permitir jamás y rebosa vida. Más de dos metros de altura. Ataviado con la capa blanca y dorada del Caballero de la Mañana, con el pelo rizado tan lustroso como la estela de una estrella fugaz. Está recién afeitado y tiene la nariz ligeramente torcida debido a una rotura reciente. Cuando lo miro a los ojos, hago todo lo que puedo para no estallar en sollozos. Me mira de una manera triste, casi tierna. Debo de ser un verdadero despojo de mí mismo para merecer la compasión de un hombre al que he hecho tanto daño.

—Casio —murmuro sin más intención que la de pronunciar su nombre. La de hablar con otro ser humano. Que se me oiga.

—¿Y? —pregunta Aja au Grimmus desde detrás de Casio.

La más violenta de las Furias de la soberana luce la misma armadura que llevaba puesta cuando la vi por primera vez en el chapitel de la Ciudadela la noche en que Mustang me rescató y Aja apaleó a Quinn hasta matarla. Está rasguñada. Deteriorada por las batallas. El miedo sobrepasa mi odio y, una vez más, aparto la mirada de esa mujer de piel oscura.

—Está vivo a pesar de todo —dice Casio en voz baja. Se vuelve hacia el Chacal—. ¿Qué le has hecho? Esas cicatrices...

—Yo diría que es obvio —contesta el Chacal—. He deshecho al Segador.

Finalmente, bajo la mirada hacia mi cuerpo, más allá de la barba astrosa, para ver a qué se refiere. Soy un cadáver. Esquelético y pálido. Mis costillas se clavan en una piel más fina que la capa que se forma sobre la leche recalentada. Mis rodillas sobresalen en unas piernas larguiruchas. Tengo las uñas de los pies largas y curvadas. Las cicatrices de las torturas del Chacal me manchan la carne. Se me han marchitado los músculos. Y los tubos que me mantenían con vida en las sombras brotan de mi vientre, cordones umbilicales negros y fibrosos que aún me mantienen anclado al suelo de mi celda.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí dentro? —inquire Casio.

—Tres meses de interrogatorio y luego nueve de aislamiento.

—Nueve...

—Como debe ser. La guerra no debería hacernos abandonar las metáforas. Al fin y al cabo, no somos salvajes, ¿eh, Belona?

—Has ofendido la sensibilidad de Casio, Adrio —dice Antonia desde su posición cercana al Chacal.

Esa mujer es una manzana envenenada. Reluciente, apetecible y prometedora, pero podrida y cancerosa por dentro. Fue ella quien mató a mi amiga Lea en el Instituto. Le metió una bala en la cabeza a su propia madre, y luego otras dos a su hermana Victra en la columna. Ahora se ha aliado con el Chacal, un tipo que la crucificó en el Instituto.